





1973

● Pablo E. Macías Valenzuela

(1973)

La entrega de la Medalla de Honor Belisario Domínguez al General Pablo E. Macías Valenzuela, debe considerarse como un reconocimiento a los militares que actuaron durante la Revolución Mexicana. Pablo E. Macías se vio directamente involucrado en la lucha armada de principios de siglo, al lado de hombres como Heriberto Jara, Juan de Dios Bátiz y Gustavo Baz. Nació en Las Cabras, Sinaloa, el 15 de noviembre de 1891. Desgraciadamente, se desconocen los datos sobre su infancia y su adolescencia.

En 1912 inició su carrera militar, ingresando con el grado de Teniente de Fuerzas Irregulares, posiblemente para combatir contra la rebelión orozquista en el Estado de Sonora.

Pablo E. Macías formó parte del Cuerpo del Ejército del Noroeste, participando en más de ochenta y seis hechos de armas, entre los que destacó la campaña llevada a cabo en Sonora, contra el Ejército huertista. Al ser derrocado Madero, Pablo Macías, junto con Manuel M. Diéguez, Plutarco Elías Calles y Bracamontes, lanzan el Plan de Nacozari, que desconocía al régimen de Victoriano Huerta; posteriormente, Álvaro Obregón y Benito Bernal Miranda se unen a este Plan.

La situación en que se encontraba el país, la describió Cumberland de la siguiente manera: "Fueron años difíciles entre 1917 y 1920. La mayoría de los mexicanos bien pudo preguntarse si la Revolución no había sido un error trágico. A pesar del establecimiento de un nuevo gabinete y el retorno de la paz a la mayoría de las partes del país, los buenos tiempos no hacían su aparición. Algunos mexicanos podían culpar directamente a Carranza, dada la mirada de problemas internos y la precaria situación internacional del país, es probable que ningún dirigente hubiera podido hacer gran cosa para mejorar las condiciones. Carranza daba pocas señales de que tratara de cumplir muchas de las promesas escritas en la Constitución de 1917."

Aumentaron las tensiones entre los diferentes grupos que comenzaban su lucha por el poder, al aproximarse las elecciones presidenciales.

En 1919, Obregón lanzó el Plan de Agua Prieta, el cual resultó un desafío contra el régimen constitucional de Carranza. Este Plan recibió el apoyo de varios estados como Sonora, Sinaloa, Jalisco y Tamaulipas. Aunque Carranza fue derrocado, y su régimen terminó de manera trágica en Tlaxcaltongo, esto no significó el fin de la carrera militar de Pablo Macías, ya que siguió luchando contra Adolfo de la Huerta, quien era oriundo del Estado de Sonora, y además, había sido Gobernador de su Estado y sucesor de Plutarco Elías Calles en la primera magistratura. Fue funcionario bancario antes de la Revolución, uniéndose a ésta en 1913 y siendo miembro del gabinete de Venustiano Carranza durante el periodo preconstitucional.

A la muerte de Carranza, de la Huerta es designado por el Congreso de la Unión, Presidente de la República sustituto, del 1 de diciembre de 1920 al 25 de junio de 1923, año en el que asumiría el cargo de Secretario de Hacienda y Crédito Público del Gobierno del General Obregón. Más tarde, renunció al puesto para aceptar su candidatura a la Presidencia de la República, pero se sintió defraudado ya que Obregón apoyó la candidatura de Calles, por lo que De la Huerta sale para Veracruz, donde organizó un levantamiento armado. Esta lucha puede considerarse un enfrentamiento a la reforma agraria que se llevaba a cabo en el país.

Entre los militares que se unieron a la rebelión, se encontraban Salvador Alvarado, Cándido Aguilar, Antonio I. Villarreal, Manuel M. Diéguez y Manuel García, aunque con algunos de los militares mencionados fueron compañeros de armas de Pablo Macías, esto no importó, ya que la actitud de Macías fue la de defender el orden constitucional, más que apoyar a un individuo determinado.

En 1929, el General Macías volvió a demostrar esta posición, cuando combatió con la rebelión escobarista. Esta rebelión fue encabezada por los generales Jesús M. Aguirre y José Gonzalo Escobar, que habían combatido meses antes en otra rebelión, siendo derrotados en ese mismo año.

En 1940, Pablo Macías fue designado por el Presidente Ávila Camacho, Secretario de la Defensa Nacional, cargo que ocupó hasta 1942, cuando fue designado Comandante de la Región Militar del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial y Comandante de la Primera Zona Militar. Fue también Jefe de Operaciones en Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Territorio Norte de Baja California, Istmo de Tehuantepec y Oaxaca, así como Director de Pensiones Militares.

En 1945 fue electo Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa, logrando restablecer el orden social dentro de la entidad, que se encontraba en una situación tensa a causa de los fuertes enfrentamientos entre ejidatarios y pequeños propietarios, que habían costado vidas humanas, incluyendo la del antecesor de Macías en la gubernatura. Su gestión como Gobernador terminó en 1950.

En 1973 recibió la Medalla de Honor Belisario Domínguez otorgada por el Senado de la República. Pablo E. Macías, quien demostró estar siempre apoyando el orden institucional, falleció en la Ciudad de México el 30 de abril de 1975.

DISCURSO DEL SENADOR ALEJANDRO CARRILLO MARCOR

Ciudadano Presidente del Senado de la República; ciudadano Secretario de Gobernación, representantes del Poder Judicial; distinguidos ciudadanos a quienes se les ha otorgado la Medalla Belisario Domínguez; honorable Asamblea; señoras y señores;

El Senado de la República, por unanimidad, tomó el acuerdo de otorgar este año la Medalla Belisario Domínguez a un ameritado jefe del Ejército Nacional, el General de División Pablo E. Macías Valenzuela. No sería correcto hablar de una persona si no se estudia su circunstancia, el cómo y el dónde; por eso hemos de decir algunas palabras para ubicar, dentro de su marco histórico, la carrera brillante que ha hecho en el Ejército de nuestra Patria el hombre a quien hoy estamos rindiendo homenaje.

Todos recuerdan bien que cuando Francisco I. Madero lanzó su Plan de San Luis, invitando al pueblo de México a la insurrección general, por fraude electoral que había cometido el régimen de la dictadura, no fueron muchos los que de un modo instantáneo respondieron a esta llamada. Aquiles Serdán, en Puebla, fue denunciado un día antes de la fecha señalada por el apóstol, y sucumbió defendiendo sus convicciones. Pero en otros lugares del país tal parecía que la voz de Madero no hubiese encontrado eco. No fue así, sin embargo, en el Estado de Chihuahua, Pascual Orozco y Francisco Villa, el día 27 de noviembre, derrotaron a un destacamento del Ejército federal. Madero esperaba en la frontera de los Estados Unidos a que el movimiento de rebelión popular cobrase mayores bríos. Pero el gobierno norteamericano, complaciendo los deseos del dictador de nuestro país, no permitió que los revolucionarios mexicanos permaneciesen cerca de los límites de la Patria, lo que hizo que Madero entrara a territorio nacional el año de 1911.

Ciudad Juárez fue, en cierto sentido, la tumba de la Dictadura. Al ocupar esta ciudad fronteriza, el carcomido andamiaje del régimen porfirista se desmoronó, y poco después hubo de celebrarse una serie de acuerdos que llevan el nombre de ese lugar del norte de Chihuahua, en el cual se pactó el entendimiento entre las fuerzas capitaneadas por Madero y las que representaban al porfiriato.

Podría pensarse que había sido fácil el triunfo de la Revolución. Una sola batalla. Un combate importante, a no dudarlo, parecía que iba a terminar con el ciclo, largo ya -larguísimo- en que Porfirio Díaz había gobernado a nuestro país.

Sin embargo, no fue completo el triunfo de los revolucionarios, porque hubo de ponerse al frente de la Presidencia de la República, una vez que Porfirio Díaz salió del país, a Don Francisco León de la Barra, que había sido su Embajador en la ciudad de Washington. La situación, inclusive para el propio Madero durante su campaña electoral, a pesar de que la euforia de millones de mexicanos fue enorme, no fue tarea fácil.

Sin embargo, el triunfo de Madero, su democrático triunfo, como lo reconocen todos los historiadores del México contemporáneo, no ha tenido paralelo en cuanto al entusiasmo, el fervor y la limpieza con que mediante el sufragio llegó a ocupar la primera magistratura del país.

Desgraciadamente, poco tiempo después de haber ocupado la Presidencia de la República, Pascual Orozco, al amparo de lo que se llamó el Pacto de la Empacadora, que fue firmado en Chihuahua el 12 de marzo de 1912, se levantó en armas, creando un serio problema para el gobierno constitucional que la República se había dado. Orozco fue batido por el Ejército federal. Correspondió a Victoriano Huerta reemplazar al general federal

que no tuvo éxito en su primer encuentro con Orozco, y Huerta obtuvo una indiscutible victoria en contra del antiguo compañero de Francisco Villa.

Pero el oroquismo no terminó ahí, sino que pensó que, internándose en Sonora, podría otra vez reclutar partidarios suyos para seguir la lucha en contra del régimen de Francisco I. Madero. Y es aquí cuando aparece el hombre a quien hoy venimos a rendir homenaje en nombre del Senado de la República, entregándole la presea -altísima presea- Belisario Domínguez.

El Gobernador de Sonora en aquel entonces, José María Maytorena, pidió permiso al Señor Madero, Presidente de la República, para organizar cuerpos irregulares de sonorense deseosos de ir a combatir la infidencia de Orozco. Y concedida que fue esta autorización, se inició la creación de cuerpos irregulares del Estado de Sonora. El 4º batallón, que estuviera al mando de Álvaro Obregón, como Presindete Municipal de Huatabampo, Sonora, reclutó no solamente a numerosos hombres modestos de la propia ciudad, sino también a ciudadanos de otras regiones de mi Estado natal. Entre estos estuvieron el futuro General Guerrero, y muchos otros, y también un joven de 21 años, oriundo de Sinaloa, que entró como Teniente en el 4º Batallón Irregular de Sonora.

Mal armados, sin recursos que les permitieran medir sus fuerzas con los soldados de Orozco -que habían tenido originalmente un buen éxito en su encuentro con las tropas federales-, pero imbuidos de un entusiasmo grande para hacer que en México, prevaleciera el régimen constitucional que el pueblo se había dado, el 4º Batallón -histórico ya-, se lanzó a la lucha contra de los oroquistas. Y en Ojitos, en Santa Rosa y en Santa María, se libraron importantes combates en los que estos ciudadanos armados, que no habían tenido la posibilidad de entrar a escuelas militares, porque sólo conocían en la escuela de la vida la ruda tarea que les permitía ganarse la vida y llevar el pan a sus hogares, obtuvieron triunfos extraordinarios. Era el ímpetu, era el entusiasmo, era el ideal que perseguían estos jóvenes, de hacer que México se convirtiese en un país regido por la Constitución, lo que hizo que estos hombres, mal armados y no poco mal vestidos, obtuvieran triunfos muy importantes a partir de los primeros combates en los cuales participaron.

En estos encuentros se distinguió Pablo Macías Velenzuela. Tuvo actos de heroísmo indiscutible, según se narra no solamente por sus biógrafos, sino por aquellos que han hecho la crónica de la Revolución Mexicana.

Más tarde, Pablo Macías Velenzuela forma parte del cuerpo expedicionario del Ejército de Noroeste, y vinculado como estaba a su amigo y jefe Álvaro Obregón, comienza a recorrer el largo camino que habría de culminar con la llegada de los cuerpos irregulares de Sonora hasta las guardias del oroquismo y destruirlo de una manera definitiva.

Desgraciadamente, como se sabe ya, el aplastamiento, por decirlo así, de la sublevación oroquista, no fue el último que sufrió el régimen constitucional. Todos nosotros recordamos la campaña de diatribas, de infundios, de insolencias que la prensa mercantil de aquellos entonces lanzaba en contra del Señor Madero. Todos sabemos cómo Madero dejaba pasar toda esta inmundicia, porque tenía fe en la libertad de expresión, independientemente de que se hubiese hecho abuso de ella. El pueblo de México había estado aherrojado durante más de 30 años por la dictadura porfirista, y la explosión de la prensa, toda ella la mercantilista, enemiga de Francisco I. Madero, desempeñaba su insidioso papel, coordinado con otros intereses contrarrevolucionarios.

Los hacendados estaban en contra de Madero, no porque él fuese ni líder agrarista como Emiliano Zapata -quien por no coincidir ideológicamente con el Señor Madero, hizo conocer su Plan de Ayala-, sino porque se pensaba que Madero, andando el tiempo, iba a representar un peligro para los intereses de los latifundistas. Madero era un nacionalista incorruptible. Luchó con fervor, con entusiasmo, en defensa de los intereses mexicanos. A él le tocó iniciar en nuestro país la pelea, que no ha terminado aún, en contra de las poderosas empresas transnacionales, como les llamamos hoy; los consorcios del petróleo y las mineras. Al preocuparse porque los recursos no renovables de México sirvieran a nuestra población, cayó naturalmente en desgracia con estas grandes empresas y con aquel que, siendo Embajador de Estados Unidos a la sazón, Henry Lane Wilson, más bien parecía un agente pagado por las compañías extranjeras que succionaban los recursos de México en aquella época.

Por eso resulta doblemente criminal el episodio que se conoce como la Decena Trágica. Se levantan un grupo de militares, con Bernardo Reyes y Mondragón, y se proponen derribar al Presidente Madero, y éste, con la fe en su pueblo que lo había elegido, arrostra el peligro, se viene de Chapultepec, acompañado por los cadetes del Colegio Militar; rumbo a Palacio Nacional, con el objeto de llegar a la sede de los poderes públicos. Allí se habían librado las primeras batallas que nos harían pensar que el triunfo iba a pertenecer al pueblo. Murió Bernardo Reyes en el ataque al Palacio Nacional. Pero la infamia y la felonía de Victoriano Huerta, a quien Madero le había nombrado su representante personal, para que al frente del Ejército luchara en contra de los infidentes -episodio éste que nos recuerda una situación análoga que ha ocurrido recientemente en un país hermano, al sur de América-, él, Victoriano Huerta, que gozaba de la confianza del Presidente Madero, levantó su espada y la llenó de sangre asesinando a Madero y al Vicepresidente de México, Pino Suárez.

Este capítulo de nuestra historia, seguramente uno de los más negros, hizo que renaciera la rebeldía popular. Inmediatamente que se supo del asesinato de Francisco I. Madero, en muchos lugares de la República comenzaron los ciudadanos a protestar por este acto. Ya hemos señalado, aquí, la heroica participación de Belisario Domínguez. Conocemos el esfuerzo de muchos otros mexicanos que tuvieron el mismo empeño y la misma preocupación.

Posteriormente, cuando ya es conocida en el país entero la muerte, de Madero, Manuel M. Diéguez, que había sido uno de los líderes de la huelga de Cananea, que estalló el 1° de junio de 1906, y que cuando se cometió el asesinato de Madero, era Presindete Municipal de Cananea, desconoció el régimen de Victoriano Huerta. Y más tarde, en Sonora, también, se hizo un Plan que no es muy conocido, que lleva el nombre de Plan de Nacozari, y que se firmó por un conjunto de hombres que iban a tener, indudablemente, una gran importancia en la Revolución Mexicana. El 12 de marzo de 1913, Diéguez, Plutarco Elías Calles, Bracamontes y Pablo Macías Valenzuela, junto con un conjunto de ciudadanos resueltos a luchar en contra de la usurpación huertista, firmaron este documento. Se adhirieron a él, entre otros, Álvaro Obregón y el hoy General de División Benito Bernal Miranda, que honra al Senado con su presencia en este Cuerpo Legislativo.

Antes, la Legislatura de Coahuila, el 19 de febrero del mismo año, había autorizado al Gobernador del Estado, Venustiano Carranza, para que reclutara elementos destinados a

luchar a fin de que fuera restablecido el régimen constitucional. Después, el 26 de marzo de 1913, se firmó el Plan de Guadalupe. Así nacieron, casi simultáneamente, el Ejército de la Revolución y Movimiento Constitucionalista.

Sabemos bien que fueron muy pocos los jefes federales que se unieron a la Revolución Mexicana, permaneciendo fieles a las instituciones. Una vez más. Pablo Macías Valenzuela toma las armas, al lado de Álvaro Obregón, y acompaña al caudillo sonorenses en la larga marcha que le lleva a conquistar la victoria final, cuando se firman los Tratados de Teoloyucan.

El Ejército revolucionario nació, pues, como brazo armado del pueblo Obregón gustaba decir, según sus amigos supervivientes y según sus biógrafos, que el Ejército revolucionario lo integraban ciudadanos armados. Esta es la verdad. Era un Ejército que había nacido de la entraña del pueblo, que compartía sus anhelos, porque era parte del mismo pueblo, y que usaba de las armas porque todos los otros recursos para alcanzarlo le habían sido vedados.

Hay personas hoy, que creen que el Ejército de los ciudadanos armados y el Ejército contemporáneo no coinciden en ideales. Se equivocan. El país se ha transformado, superándose en todas las ramas de la sociedad mexicana. ¿Cómo iba el Ejército a permanecer marginado en este desarrollo, en esta superación profesional que se observa en los demás renglones o ámbitos de la Nación mexicana? A quienes así piensan, equivocadamente, conviene recordarles que fueron los ciudadanos armados que tuvieron que tomar el fusil y llevar el uniforme militar con honor, los que más se empeñaron en preparar a la nueva oficialidad del Ejército en una forma adecuada. Joaquín Amaro, que fue indudablemente el que con más empeño trabajó por modernizar nuestro ejército, fue nombrado, después de haber sido Secretario de la Defensa Nacional y uno de los revolucionarios de más lustre y prestigio por la bravura con que se comportaba en los combates, fue nombrado Director General de Educación Superior Militar; y él, que no era un hombre universitario, sino un hombre de pueblo, que apenas había tenido ocasión de aprender a leer y a escribir, que había sido víctima de la sociedad que lo explotaba, como a todos los hombres modestos de la época, él, llegado a este puesto, creó una serie de escuelas que quedan coronadas, en el sistema educativo militar, con la Escuela Superior de Guerra.

Véase, pues, como no hay solución de continuidad entre el Ejército de los ciudadanos armados y el Ejército de los jóvenes militares profesionales de hoy, que constituyen una honra para el pueblo de México, por la forma tan excepcional en que se dedican a estudiar el arte militar. El Ejército de nuestra época tiene características muy especiales. No solamente podemos decir que México tiene un Ejército de paz; éste es un galardón que no todos los países pueden exhibir. ¡Nunca, nunca, nunca, el Ejército mexicano ha salido de su territorio para agredir a ningún país, no importa cuán pequeño sea! El nuestro, pues, en un Ejército de paz más que un Ejército de guerra. Tiene como tarea cardinal defender la soberanía de México, y las instituciones de las cuales el propio Ejército forma parte.

Hoy se discute mucho en Europa cuál debe ser el papel de los ejércitos modernos. Casualmente, hace unos días leía yo en el semanario -muy prestigiado por cierto- L'Express, de París, una mención a la opinión que daba un general muy distinguido del Ejército francés acerca de cuáles deberían ser las tareas de su Ejército y de los ejércitos modernos. Dice así: "Una formación militar de base, tiro y maniobras de corta duración, y que

sería el punto de partida para un servicio cívico más amplio que llegara a comprender la defensa civil, una formación profesional y una serie de tareas que sólo esporádicamente y de manera incompleta cumplen ahora las fuerzas militares, podría realizar el Ejército y los jóvenes encuadrados dentro del mismo, como consecuencia de su servicio militar. La lucha o mejor aún, la prevención de siniestros que cada año se originan en nuestro país, incendios de bosques, inundaciones, embotellamientos de comunicaciones y aglomeraciones en centros de descanso, sequías, sin olvidar la grave plaga de la contaminación del aire y de la atmósfera, de los ríos y de las costas. Todo esto -afirma el General Steling-, nada tiene de utópico."

Este alto jefe militar señala que es posible que los ejércitos salgan del enclaustramiento en que se encuentran en los cuarteles y convivan de una manera provechosa con sus conciudadanos.

Desde aquí podemos darle la razón al General Sterling. No solamente no es utópico, sino que ya se está realizando -y lo decimos sin jactancia- por el Ejército del pueblo mexicano. Porque además de las tareas capitales que señalamos hace unos momentos, están aquéllas otras que tienen un alto significado social y que no son conocidas por todos los mexicanos.

Voy a señalar algunas de ellas. Lo que es ya muy conocido de todos ustedes y del público en general es que, gracias al desarrollo de nuestro país cuando hay desastres causados por la naturaleza, ciclones, inundaciones, terremotos o desastres causados por descuido del hombre, cuando estallan bombas en los túneles de las minas, existe ya un plan perfectamente organizado, que se conoce por la letras DN III E, que inmediatamente se pone en marcha para acudir en auxilio de los compatriotas que se encuentran en desgracia. De estas tareas, casi todos tenemos informes y sabemos del comportamiento, muchas veces heroico, calladamente heroico, que en ellas cumplen los integrantes del Ejército.

Pero quizá convenga recordar que se han realizado otras tareas igualmente importantes: la lucha contra enfermedades endémicas y epidémicas. En el combate para acabar con el paludismo, el Ejército participó activamente, porque era necesario ir hasta los rincones más alejados de las ciudades del país llevando los medicamentos destinados a prevenir esa enfermedad.

La lucha contra la fiebre aftosa. Los jóvenes posiblemente no recuerden lo que esta calamidad significó para la economía nacional en los años del 47 y el 48. El Ejército participó activamente, y con una gran eficacia, en esta lucha en contra de esta epizootia.

Luchó también en contra de una plaga que causó graves trastornos económicos: la llamada mosca prieta, que acabó con numerosos e importantes centros de producción de cítricos en la República.

Recientemente, la encefalitis equina significó una grave amenaza para México. Para localizar a los animales que se encontraban en las serranías -los veterinarios de las ciudades no eran capaces de hacerlo-, el Ejército emprendió la tarea con sus médicos veterinarios.

Y el Plan Acuario. Aquí está nuestro querido amigo Don Braulio Fernández Aguirre, quien sabe perfectamente que el ejército, en lo que llamamos pipas, lleva, más de tres millones y medio de litros de agua al año a las zonas áridas de la República, para evitar que muchos centenares de mexicanos mueran de sed.

Trabaja el Ejército en la construcción de brechas y pequeños caminos vecinales. Eso no lo vemos los hombres de la ciudad; hay muchos que conocen el campo solamente cuando van de paseo a algún centro veraniego; pero que nada o muy poco saben sobre la dura realidad del agro mexicano. Es ahí, precisamente, donde hace falta muchas veces construir brechas y pequeños caminos. Uno de los acontecimientos más importantes en los últimos tiempos en el norte del país fue la construcción por parte del Ejército, de la brecha que ahora es camino, entre Yepachic, Chihuahua y Maycova, Sonora, en plena zona de la Sierra Madre Occidental.

El Ejército colabora también -y esto es muy importante que lo sepamos- en el deslinde de terrenos agrícolas. Esto constituye un problema muy grande, que ha costado mucha sangre, no solamente en épocas recientes, sino a lo largo de toda la historia de México. El Ejército ha cumplido tareas en donde muchos de sus integrantes han perecido cuando son atacados por aquéllos que deseaban mantener sus privilegios y sabían que el Ejército no iba a permitir que fuera sobornado quien estaba realizando las tareas de deslinde. El Ejército -mi querido e ilustre amigo Don Martín Luis Guzmán lo sabe bien- ha contribuido para llevar hasta los más lejanos poblados los libros de texto gratuito y las cartillas de alfabetización; ha luchado y lucha en contra de la deforestación y se encarga de plantar árboles. Y lo que tanto preocupa al General Sterling, el Ejército lucha en contra de los incendios de los bosques.

Y quién no sabe, nacional e internacionalmente, que el Ejército del cual forma parte Pablo Macías Valenzuela, a quien vamos a condecorar hoy, quién no sabe que el Ejército realiza sistemáticamente, una importante campaña en contra de los que siembran enervantes y que combate el tráfico de los estupefacientes en una forma tan eficaz, que el Gobierno de México ha sido felicitado reiteradas veces por el Gobierno de los Estados Unidos, por la forma en que nuestras fuerzas armadas colaboran en esta tarea. Hay, también brigadas de acción social. Tal parece que esta es una lista interminable, pero considero que es importante que la opinión pública lo sepa, porque unidos al General Macías Valenzuela hay muchos elementos del Ejército que realizan estos esfuerzos. En las brigadas de acción social hay personal de la Escuela Médico Militar, de enfermeras militares, de ingenieros, de veterinarios, de dentistas y de trabajadores sociales que cumplen tareas sanitarias. Asimismo, las fuerzas armadas colaboran en la construcción y la reconstrucción de escuelas en las zonas rurales.

Existe una valiosa cooperación del Ejército en el Plan Huicot. Hay varios pilotos con aviones de la fuerza aérea, destinados especialmente a servir el propósito que anima al Señor Presidente de la República para que ingresasen a la economía nacional, los tepehuanes, los coras y los huicholes de esa región de México, misma que tiene un atraso secular con relación a otros lugares del país.

Los integrantes del Ejército han colaborado y colaboran en el levantamiento de los censos de población y de los censos económicos. Es fácil en la ciudades, en el Distrito Federal, por supuesto, realizar estas tareas, pero ir a las serranías, a los poblados más pequeños a indagar el número de mexicanos que allí viven, y saber cuál es la situación económica de los mismos, es un problema difícil. El Ejército cumple esta función calladamente, eficazmente.

En las campañas para la vacunación masiva, el Ejército ocupa a un crecido número de sus miembros; no solamente a los médicos, sino que a sus enfermeras y a muchos otros de sus integrantes. Y hay algo que a mí me pareció increíble: hace unos cuantos días, cuando charlaba con uno de mis jóvenes alumnos de la Escuela Superior de Guerra, me informé que en la zona cañera de Veracruz se presentó, en 1971, una alarmante sequía, y la Fuerza Aérea Mexicana, después de realizar estudios meteorológicos, lanzó hielo seco sobre las nubes peregrinas, como se les llama; esta acción de la Fuerza Aérea produjo lluvia artificialmente y salvó la situación grave que afectaba a una extensa zona cañera de Veracruz. Estas acciones realizadas por nuestras fuerzas armadas, lo confieso, yo las desconocía.

Podríamos preguntar: ¿Por qué el Ejército realiza todas estas tareas? Pues por la única y sencilla razón de que el Ejército es una institución al servicio del desarrollo de México; no solamente se dedica a la defensa de su territorio y de sus instituciones, sino que es una palanca del desarrollo nacional. Y esto ojalá lo conozca, alguna vez, el ilustre general francés que pensaba quizá que fuera utópico que se realizaran estas funciones por las instituciones castrenses, ya se está cumpliendo en nuestro país gracias a la índole misma del Ejército de la Revolución.

La verdad, señores, es que el nuestro no solamente es un Ejército distinto, sino que es un Ejército que tiene una herencia sagrada y una ilustre prosapia. El Ejército de los ciudadanos armados que nació con el decreto del 19 de febrero de 1913 en Saltillo, Coahuila, es heredero legítimo de las chusmas gloriosas de Miguel Hidalgo y Costilla y de las legiones aguerridas de José María Morelos y Pavón en la Insurgencia, y desciende en línea recta, también de los soldados de la Revolución de Ayutla, del Ejército Liberal que primero defiende a la Constitución, con Juárez como capitán, y que después lucha denodadamente hasta derrotar al invasor francés.

Esta es la prosapia del Ejército contemporáneo. Por eso es importante que entendamos que no hay diferencia esencial entre el Ejército de hoy y el que existió en la época primera del General Macías. ¿Cómo va a ser así, cuando ambos son ramas de un mismo tronco, de un mismo árbol que hunde sus raíces en la tierra y en el pueblo mexicano, si los dos están inspirados en el querer y en el quehacer de nuestro pueblo?.

Por esa razón, el Senado honra hoy a Pablo Macías Valenzuela. En su nombre recibe la presea otro soldado distinguido de la Revolución Mexicana, mi ilustre coterráneo, Don Benito Bernal Miranda, General de División, que se levantó en armas en 1910 y que tiene una hoja de servicios digna de ser conocida por todos.

He intentado señalar algunos de los méritos del General Pablo Macías Valenzuela para que sepa el pueblo toda la razón de este homenaje del Senado de la República a tan distinguido soldado.

En buena hora que el General Macías Valenzuela haya participado, desde el principio de la lucha revolucionaria, al lado de los hombres que transformaron a México; en buena hora que quien la reciba en nombre suyo, por la quebrantada salud del General Macías Valenzuela -que somos los primeros en lamentar-, sea no solamente un veterano de la Revolución, sino un miembro del Senado de la República, el Señor General Don Benito Bernal Miranda.

DISCURSO DEL SENADOR BENITO BERNAL MIRANDA

Señor Presidente; Señor Licenciado Mario Moya Palencia, Representante del Presidente de la República; señores Senadores; señoras y señores:

Con sincera satisfacción y con profunda emoción, cumplo hoy un encargo fraternal. El Señor General Pablo E. Macías Valenzuela me ha pedido que en su nombre y representación, yo reciba la Medalla Belisario Domínguez, que el Senado de la República adjudica a destacados mexicanos, como justo reconocimiento a sus servicios patrióticos.

Primero que nada debo trasmitir a todos ustedes, señores Senadores y muy especialmente a la Comisión dictaminadora, una frase sencilla, cargada de humildad, tal como me la dijo el General Macías: ¡Muchas gracias por este reconocimiento, que no considero dirigido a mi persona, sino a todos los soldados nacidos del pueblo y de la Revolución!; ¡Muchas gracias!

En efecto, el General Macías sabe que el Senado de la República rinde hoy homenaje más que a su persona en lo particular, a toda una serie de virtudes que definen al Ejército mexicano como una fuerza popular dedicada a servir con lealtad a las instituciones republicanas y a los intereses supremos de la Nación.

Sabe el General Macías que se rinde homenaje también, a los millones de mexicanos que tomaron las armas y se hicieron soldados para realizar la primera gran revolución social de este siglo. Esta medalla se otorga a título personal, pero en un sentido profundo algo de ella pertenece a quienes en la lucha murieron por un México mejor, y a quienes aún viven para comprobar con sus propios ojos que ese México nació y sigue creciendo para orgullo de todos sus hijos.

Por todo lo anterior, Pablo E. Macías Valenzuela, se siente satisfecho por la distinción otorgada el día de hoy. Su vida ha sido esforzada, larga y positiva. Quizá después de tantos años de vivir y luchar nada tiene tanto valor para él como esta presea que distingue y premia a los mejores hijos de México.

Sin embargo, mi viejo y querido amigo sabe que quizá haya quienes poco sepan de su vida, de su conducta y de su lucha; y que hasta algunos podrán objetar la distinción que hoy se le confiere. A todos, a quienes lo honran y a quienes tal vez no le encuentren méritos suficientes, él sólo puede decirles que no se considera perfecto, superior o inmaculado y que ha sido simplemente un hombre cabal, sincero en sus afectos, firme en sus principios y leal a su Patria.

En todo caso, el hombre que hoy recibe el reconocimiento de esta Cámara de Senadores, sabe que quizá su única virtud sea reflejar las luchas del pueblo y los perfiles de un Ejército que ha sabido ser fiel a sus obligaciones constitucionales. Él se incorporó a esas luchas sin pretensiones y con la sencillez de todos aquellos que no entendimos como frase retórica a la Revolución, sino como lucha resuelta para combatir el dolor y el atropello, el atraso y la injusticia; terminada la etapa armada siguió siendo soldado porque pensó que la Revolución podía y debía seguir haciéndose en la paz, al amparo del derecho y mediante las instituciones creadas por el propio pueblo.

Nunca ha existido, ni existirá, una revolución perfecta; ninguna ha logrado sus propósitos en línea recta y al margen de graves problemas y tropiezos. En nuestra lucha hubo facciones y diferencias. Esto es cierto. Pero a la distancia de los años la historia y el pueblo han confirmado que más allá de fallas y divergencias todos luchábamos por destruir

un orden carcomido e injusto, y por crear un país mejor en todos los sentidos. En este aspecto los viejos revolucionarios sentimos que el homenaje a Pablo Macías Valenzuela contribuye a fortalecer la unidad entre todos nosotros, y también la unidad entre los millones de mexicanos que, aun no habiendo participado en las luchas violentas, creen que la Revolución sigue viva y debe continuar adelante para mejorar al pueblo y hacer más grande a México.

También pensamos que este homenaje sirve para destacar el valor de nuestras fuerzas armadas y la importancia del compromiso histórico que los soldados mexicanos hemos contraído para garantizar la paz de nuestra Nación, el respeto al pueblo del que venimos, la autoridad del Jefe del Estado legalmente electo, la responsabilidad de las instituciones de la República y la soberanía de la Patria.

Señores Senadores: he venido a esta tribuna para recibir un testimonio de reconocimiento y para dar las gracias, a nombre de un cercano correligionario y entrañable amigo. Quiero, sin embargo, aprovechar esta oportunidad para manifestar también mi muy especial homenaje al General Macías.

Lo conocí cuando los dos formábamos parte de las Corporaciones Irregulares que alentó y organizó en Sonora el General Obregón, para defender al gobierno Constitucional del Señor Presidente Madero; admiré de cerca su honestidad y su valor; recuerdo todavía que un día, un sector de su Batallón fue sorprendido y perdió una pieza de artillería y, en lugar de reprochar culpas a sus compañeros, cumplió valerosamente con la tajante orden de combatir nuevamente a ese enemigo y recuperar, sin excusa ni pretexto, aquella arma tan importante para su corporación. Lo vi actuar como Gobernador de su Estado, como Jefe de Zona, como Jefe de Sector -durante la Segunda Guerra Mundial-, como Secretario de la Defensa, como Director de Pensiones Militares. Por lo tanto puedo decir con seguridad y verticalmente, que Macías ha sido un soldado bueno, honesto, leal y valiente.

Por lo anterior, debo confesar a ustedes que al representar a mi amigo, he tenido hoy, como soldado y como Senador, una elevada distinción y un gran honor.

Señoras y Señores: México está empeñado en seguir avanzando en paz y con justicia. Nuestro actual Presidente, Licenciado Luis Echeverría, se esfuerza sin descanso por cumplir sus obligaciones y por servir eficazmente a todos los mexicanos. En esta hora es indispensable fortalecer la unidad revolucionaria y la unidad nacional. Los intereses mezquinos deben ser desterrados. La revolución pacífica que realizamos hoy, debe continuar adelante. La estabilidad política que hemos alcanzado no debe ser destrozada bajo ningún pretexto. La pobreza y la injusticia tienen que ser vencidos. Los mexicanos tenemos que seguir progresando en la libertad y en la independencia. Este es, finalmente, el mensaje del General Pablo E. Macías Valenzuela y de quienes con él compartimos luchas, aspiraciones y afanes.